

30°. Domingo Ordinario C/2013

Las lecturas de este domingo nos hablan del espíritu correcto de la oración. Muestran que la oración correcta que lleva a Dios es la que sale de un corazón humilde y sincero. Nos invitan en particular a abrirnos a Dios con humildad y sinceridad.

La primera lectura afirma que Dios es el juez imparcial que no se deja impresionar por apariencias. Aunque es imparcial, Dios escucha con un oído abierto al grito del oprimido, del huérfano y de la viuda. Además, acepta la oración de quien lo sirve con sinceridad y humildad.

Lo que este texto nos enseña es que Dios no hace discriminación en su juicio hacia los seres humanos. Nos ama a cada uno de nosotros por igual. Otra idea que tomamos del texto es que Dios es sensible a los que sufren y son humildes antes de él.

Este texto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy en que Jesús habla de la oración del Fariseo y la del publicano. En primer lugar, el Evangelio dice que Jesús les dijo esta parábola sobre algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás. A fin de aplicar la parábola a la realidad, Jesús habla de la historia de un Fariseo y de un publicano que subieron al templo para orar.

Mientras el Fariseo estaba orgulloso de sus méritos espirituales, el publicano se mostraba humilde a causa de sus pecados. Por eso, toda su oración estaba orientada a pedir perdón a Dios. Para Jesús, el resultado de estas dos oraciones era muy diferente. El publicano fue justificado y perdonado pero el Fariseo no. El Evangelio termina con la declaración de Jesús que dice que el que se enaltezca será humillado, y el que se humille será enaltecido.

Este Evangelio nos enseña mucho para nuestra vida. Primero, sabemos que Jesús solía salir a orar solo en las montañas. A veces llevaba con él algunos de sus discípulos. Pero, en todo, buscaba una relación íntima y personal con su Padre.

Al valorar la oración del publicano sobre la del Fariseo, Jesús reconoce en el publicano la manera en que el mismo oraba en presencia de su Padre, con humildad, sinceridad y espíritu de dependencia. Este espíritu es lo que quiere que tengamos en nuestra propia oración.

Sin embargo, el Evangelio no dice que el Fariseo era un hombre malo o infiel a sus deberes religiosos. Al contrario, era un hombre bueno. Del mismo modo, el Evangelio no dice que el publicano era un santo, porque en verdad no lo era.

La apreciación que nuestro Señor da a la oración del publicano proviene del hecho de que este no escondió su situación de pecador ante Dios. En un gesto de humildad y sinceridad, no quería nada más que ser perdonado de sus muchos pecados. Sabía bien que no tenía nada para jactarse. Sabía bien que la verdad de su vida era la de un gran pecador. En nombre de esta verdad sólo podía golpear su pecho y pedir perdón. Necesitamos también en nuestra oración reconocer nuestros errores ante los demás y la confesión de nuestros pecados ante Dios.

Al contar sus meritos espirituales ante Dios, el Fariseo considera a Dios como un contador cuya tarea es la de recompensar a los que tienen un buen crédito con él. Pero, el actuar de tal modo tiene también un efecto negativo. De hecho, cuando alguien se

considera como el mejor de todos, al final va a despreciar a los que no son como él. Esta es la razón por la cual el Fariseo decía en su oración que no era como el publicano que, según su juicio, pertenecía a los tipos malos.

Además, como la experiencia humana nos ha mostrado, cuando alguien se considera como el mejor, tiende a separarse de los demás. En esta perspectiva, todos sus esfuerzos apuntan no sólo a mantener una separación entre él y los otros, sino también hace una diferencia entre los tipos malos y los tipos buenos a quien él piensa pertenece. Y aún más, Dios nos ama a todos del mismo modo con compasión como sus hijos e hijas. Nos mantiene igualmente a todos juntos, buenos o malos, en su amor. Permite que su sol se levante de igual manera tanto para los buenos como para los malos. Deja su lluvia caer del mismo modo a los malos y a los buenos. ¿Si Dios puede juzgarnos según nuestros pecados, quien sobrevivirá?

Lo que digo aquí no nos justifica de ninguna manera de modo que permanezcamos en nuestros pecados bajo el pretexto que Dios es misericordioso con nosotros. Al contrario, debemos convertirnos de nuestros pecados de modo que cada uno busque complacer a Dios, siguiendo sus mandamientos. Además, no debemos burlarnos de la misericordia de Dios que nos da el tiempo para arrepentirnos y volver a él. En este sentido, morar en el pecado y no sentir la urgencia de conversión es un error grande.

Mientras más conscientes estemos de la misericordia de Dios, tendremos que ser más humildes y confesar nuestros pecados. Como alguien ha dicho, “la puerta del cielo es tan baja que para entrar, tenemos que arrodillarnos”. Nadie que desprecia a los demás puede orar en el espíritu de Jesús. Quien que no se esfuerza por cambiar su vida no puede entrar en el reino de los Cielos.

Cuando Jesús dice que “el que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido”, nos está invitando a reconocer la verdad de nuestra vida y a llegar ante Dios, no en la jactancia debida a nuestros méritos, sino con manos vacías y nuestra miseria de modo que nos perdone y sane. Oremos, entonces, para que Dios nos ayude a arrepentirnos de nuestros pecados. Oremos en el espíritu de Jesús. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Sirácides 35, 15-17. 20-22; 2 Timoteo 4, 6-8. 16-18; Lucas 18, 9-14



Fecha de la Homilía: el 27 de Octubre, 2013

© 2013 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20131027homilia.pdf